

# José Martí. (A propósito de su *Ismaelillo*)

ÁNGEL CASADO  
*Universidad Autónoma de Madrid*

*"Porque es deber humano  
causar placer en vez de pena..."*  
(José Martí)

## 1. Aproximación.

JOSÉ Martí (1853-1895), héroe y mártir de la guerra de independencia de su país, es sin duda una de las figuras más respetadas y honradas por los cubanos de todas las tendencias. Tal circunstancia, cuando ya han transcurrido más de cien años desde su muerte, sólo se explica a partir de múltiples y muy variados factores, entre los que destaca el “sentido moral” que presidió su vida y su obra, consagradas a la tarea que él transformó en “su” misión: liberar Cuba, “aquella tierra desangrada que purga en la desesperación una riqueza inicua...”. El conjunto de su obra, varia y dispersa (“gran selva”, dice de ella el prof. M. Pedro González), permite apreciar la profunda coherencia personal de su autor, que se traduce en una íntima conexión entre “el pensar y el hacer”: “Servir -escribe en algún momento- es mi mejor manera de hablar”.

La firmeza de carácter, rasgo básico de su fisonomía moral, más allá de cualquier veleidad, apunta a una constancia de la personalidad como guía de comportamiento. Lo expresa mejor que nadie el propio Martí cuando, ya en edad madura, se autodescribe con admirable y conmovedora objetividad:

...qué soy yo en mí mismo, sino un montón de huesos mal seguros, que sustentan ya pobremente un espíritu enamorado del bien de mi país, y del decoro de sus hijos, tanto que a muchos, por ser digno parezco soberbio; y porque abomino la intriga, y miro las cosas frente a frente y no me guardo la vida para la hora de un triunfo probable, y por ningún miedo ni aspereza de prueba me dejo inducir a acompañar a los que no merecen mi honrada compañía; porque ni cortejo la popularidad por más que el amor de mis compatriotas sea lo único que me consuela en la tierra, ni por el temor de perderlo dejo de cumplir con lo que estimo mi deber, por esto hay quienes me llaman orgulloso<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> En Ana Cairo Ballester (ed.), Prefacio a *Letras. Cultura en Cuba* (Tomo 1). La Habana, 1989, p. IX.

La aproximación que proponemos a la obra de Martí, al hilo de su *Ismaelillo*, no tiene pretensión erudita alguna; más modestamente, pretende introducir algunos rasgos básicos, que proporcionan sentido unitario a sus aportaciones en los más diversos campos (estética, política, moral...), como un todo creciente. En primer lugar, su rechazo de toda imitación, unido a un permanente deseo de “independencia racional”, siempre con la idea de una Cuba libre y “con voz propia” como telón de fondo. Precisamente, su observación de que falta ese rasgo decisivo en el ambiente literario de la España de su tiempo -reducido, a su juicio, a la mera imitación de modas extranjeras-, le llevará a afirmar, en 1880, que “la literatura de España hoy en día no es literatura española”

Algo más tarde, en 1881 -año en que escribió *Ismaelillo*-, el mismo tema vuelve a aparecer en las anotaciones de uno de sus cuadernos de apuntes. Ahora, sin embargo, las referencias al marco u horizonte “intencional” del autor son evidentes:

No hay letras, que son expresión, hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana, hasta que no haya -Hispanoamérica (...) Lamentémonos ahora de que la gran obra nos falte, no porque nos falte ella, sino porque esa es señal de que nos falta aún el pueblo magno de que ha de ser reflejo...<sup>2</sup>.

Cierto que la cuestión aparece planteada en términos literarios; pero Martí era plenamente consciente de que esa carencia no tendría solución sino por vía *política*. Esa determinación, que con el paso del tiempo irá adquiriendo un tono cada vez más crítico, seguirá pesando en escritos posteriores, como ocurre en “Nuestra América”, un importante texto programático de 1891, en el que Martí avanza rasgos decisivos de su pensamiento americanista. Rebasando el marco del arte y la literatura, defiende allí tajantemente la atención a la idiosincrasia de los “pueblos nacientes” de la América Hispana, alertando sobre la educación como factor imprescindible para situar a estos pueblos “a la altura de los tiempos”. Todo ello, claro está, subordinado a las exigencias específicas del ámbito histórico, con primacía de “lo americano”: la “universidad europea -afirma- ha de ceder a la universidad americana (...) Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria”<sup>3</sup>.

Las propuestas de Martí sobre la “revolución radical en la educación”, como vía para evitar que los pueblos de “nuestra América” permanezcan “atrofiados y deformes como el monstruo de Horacio”, han dejado una fuerte huella en la educación y la cultura cubanas. Lo pude comprobar personalmente durante mi estancia en el Instituto Superior Pedagógico “E. J. Varona”, de La Habana, donde el verano pasado impartí un curso de postgrado. El posterior recorrido por el Museo de la Alfabetización, o la tradicional visita al Memorial Martí, en la Plaza de la Revolución -lugar carismático

---

<sup>2</sup> En Roberto Fernández Retamar, “Sobre la crítica de Martí”, Introducción a José Martí: *Ensayos sobre Arte y Literatura*, La Habana, 1987, p. XI.

<sup>3</sup> José Martí, *Obras Completas*, Tomo 6. La Habana, 1975, p. 18.

en la geografía ideológica de la Cuba actual-, vinieron a confirmar esa primera impresión. Este último conjunto monumental, con el desafiante busto de Martí en piedra blanca, a modo de proa, constituye un verdadero “faro” espiritual. Las múltiples salas y espacios del Museo Martí -que ocupa toda la planta baja-, ordenadas en secuencias temático-cronológicas, ofrecen una amplia y variada muestra de recuerdos y testimonios de la figura y la obra martianas, de evidente carga ideológica: objetos personales, cartas, libros, fotografías, paneles, maquetas...

Entre esa multitud de objetos de todo tipo, el visitante puede apreciar también una escogida selección de distintas ediciones de las obras de Martí, cuidadosamente expuestas en diferentes vitrinas. Particularmente, me llamó la atención un pequeño texto, impreso en papel sepia, desgastado y oscurecido por el tiempo: era el *Ismaelillo*, libro de poemas que el autor escribió para su hijo. Unos días después de esa visita, ya en trance de despedida, mis colegas cubanos tuvieron la deferencia de regalarme varias obras de y sobre Martí; entre ellas, un ejemplar del *Ismaelillo* (Centro de Estudios Martianos, 1990), gesto que naturalmente agradecí de corazón. La lectura de esta obrita (apenas 40 páginas), avivó en quien esto escribe el deseo de profundizar en la obra de este escritor y político cubano; sobre todo, en una vertiente que difícilmente pueden reflejar las consignas y titulares grandilocuentes (engañosamente comprensibles) del Museo: la calidad de su humanismo.

## 2. El *Ismaelillo*.

La obra en cuestión está impregnada de principio a fin de las circunstancias en que fue concebida, en el largo y doloroso periplo de su autor: deportado por segunda vez a España, consigue escapar y se establece en Nueva York, donde participa activamente en los preparativos de la llamada “Guerra Chiquita”, e inicia el que sería su proyecto nacional liberador; y, finalmente, llega a Caracas. Es en el país de Bolívar donde, en 1881, escribe Martí su *Ismaelillo*, si bien no será publicado hasta el año siguiente, en edición del autor no comercializada (Nueva York, Imprenta de Thompson y Moreau).

El texto -“luz anunciadora de la nueva poesía en América Latina”, en palabras del prof. Augier- está dirigido a un niño, su hijo. Sin embargo, la distancia/añoranza del momento dota a las palabras de Martí de una entrañable dimensión simbólica, que rebasa con mucho el marco estricto del género -libros *para* niños- que sugiere el título. La conmovedora dedicatoria que abre el trabajo pone de relieve tanto la honda sensibilidad del autor, como la coyuntura peculiarmente compleja por la que atraviesa:

Hijo

Espantado de todo, me refugio en ti.

Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti.

Si alguien te dice que estas páginas se parecen a otras páginas, diles que te amo demasiado para profanarte así. Tal como aquí te pinto, tal te han visto mis ojos. Con esos arreos de gala te me has aparecido. Cuando he cesado de verte en una forma, he cesado de pintarte. Esos riachuelos han pasado por mi corazón.

¡Lleguen al tuyo!

Los títulos sencillos y sugerentes que encabezan los diferentes poemas del libro -quince en total: “Príncipe enano”, “Musa traviesa”, “Mi reyecillo”, “Hijo del alma”, “Tórtola blanca”, “Rosilla nueva”...-, encajan a la perfección con el tono intimista y emotivo de la obra. Las brillantes metáforas y efusivas alusiones al hijo añorado, alternan con estrofas en las que el autor manifiesta su ansia de querer y servir, dando una peculiar tonalidad al sentimiento paterno:

*Sea mi espalda  
pavés de mi hijo:  
Pasa en mis hombros  
El mar sombrío:  
Muera al ponerte  
En tierra vivo...  
(“Mi reyecillo”)*

Otras veces, los versos son expresivos de la fuerza interior que el recuerdo ardiente del hijo hace brotar en el padre:

*¡Por la puerta se ha entrado  
mi diablo ángel!  
¿Qué fue de aquellos sueños,  
De mi viaje,  
Del papel amarillo,  
Del llanto suave?  
...  
¡Hete aquí, hueso pálido,  
Vivo y durable!  
¡Hijo soy de mi hijo!  
¡Él me rehace!  
(“Musa traviesa”)*

O estos otros:

*¡No temo yo ni curo  
De ejércitos pujantes,*

*Ni tentaciones sordas,  
Ni vírgenes voraces!  
Él vuela en torno mío,  
Él gira, él para, él bate;  
Aquí su escudo opone;  
Allí su clava blande;*

...

(“*Tábanos fieros*”)

En ocasiones, el “mensaje” moral, que subyace a lo largo de todo el texto -la obra, al fin, está dedicada a su hijo-, cobra fuerza y pasa a primer plano, convirtiéndose en el tema central de algunas estrofas:

*Rey tiene el hombre,  
Rey amarillo:  
¡Mal van los hombres  
Con su dominio!*

...

*Mas si amar piensas  
El amarillo  
Rey de los hombres.  
¡Muere conmigo!  
¿Vivir impuro?  
¡No vivas, hijo!  
(“*Mi reyecillo*”)*

El propio Martí se refiere en varias ocasiones a la especial consideración que concede a este librito de poemas. El 1 de abril de 1895, a punto de partir de Montecristi hacia Cuba para participar en las primeras acciones armadas contra las tropas españolas, escribe una carta a D. Gonzalo de Quesada y Aróstegui, su amigo y leal compañero de siempre. En ella, además de mostrar fehacientemente su irrenunciable compromiso con el proceso revolucionario cubano, hay cálidas palabras de emocionado recuerdo hacia amigos y seres queridos, que contrastan con las oscuras referencias -hasta cierto punto premonitorias- a la dura prueba que se avecinaba. Buena parte de la carta, considerada como el “testamento literario” de Martí (moriría pocos días después en Dos Ríos), está dedicada a las indicaciones, sugerencias e ideas que transmite a D. Gonzalo sobre la posible publicación de su dispersa obra. Entre ellas, algunas instrucciones precisas:

“...Si no vuelvo, y usted insiste en poner juntos mis papeles, hágame los tomos como pensábamos:

- I. Norteamericanos
- II. Norteamericanos
- III. Hispanoamericanos
- IV. Escenas Norteamericanas
- V. Libros sobre América
- VI. Letras, Educación y Pintura.

Y de versos podría hacer otro volumen: *Ismaelillo*, *Versos Sencillos*, y lo más cuidado y significativo de unos *Versos Libres*, que tiene Carmita. No me los mezcle a otras formas borrosas, y menos características (...)

Versos míos, no publique ninguno antes del *Ismaelillo*; ninguno vale un ápice. Los de después, al fin, ya son unos y sinceros”<sup>4</sup>.

Estas alusiones a su *Ismaelillo*, en momentos especialmente dramáticos, son buena prueba de ese especial aprecio de que antes hablábamos. Por otra parte, los poemas marcan de algún modo el “hito” que permite dividir, en opinión del propio Martí, el total de su producción poética: los versos anteriores -sin valor para ser publicados-, y los de después, que “ya son unos y sinceros”.

### 3. Un hombre para un pueblo.

La extensa gama de calificativos -siempre laudatorios- sobre la excepcional personalidad de Martí, abarca todos los matices posibles: “Apóstol de Cuba”, “primer artista”, “primer pensador”, “la personalidad histórica más trascendente” y el “creador literario más original” del siglo XIX, “héroe de la Patria”, “paradigma de hombre para todo su pueblo”... De todos ellos, merece la pena que nos centremos en este último, que incide en un aspecto sustantivo de la personalidad de Martí, al que ya hicimos referencia: su “humanismo”. Lo cual enlaza, no por casualidad, con la premisa central de sus propuestas democrático-revolucionarias: “Yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre”<sup>5</sup>.

Son muchos los escritores y críticos de diferentes épocas y sensibilidades que han llamado la atención sobre el profundo sentido “humanista” de Martí, “la personalidad más conmovedora, patética y profunda que ha producido hasta ahora el alma hispana en América”, en palabras de Fernando de los Ríos. Rubén Darío, el gran poeta nicaragüense, fue uno de ellos: en 1896, un año después de la muerte de Martí,

---

<sup>4</sup> En *Martí y la Literatura de su época. Sus ideas estéticas* (ed. de F. Martínez Espinel), La Habana, 1981, p. 139.

<sup>5</sup> José Martí, *Obras Completas*, tomo 4. La Habana, 1975, p. 270.

<sup>6</sup> Raúl Fonet Betancourt habla del “humanismo inclusivista” de Martí, “en el sentido de que opera con un concepto de dignidad humana cuya verdad o realización requiere justamente la afirmación de lo humano en cada hombre” (*Aproximaciones a Martí*, Aachen: Mainz, 1998, p. 52)

escribía lo que podemos llamar “elogio funerario” del escritor cubano, al que tanto debía, según él mismo reconoce. Entre hipérbolos, metáforas y espirales más o menos complicadas, el discurso del poeta viene a incidir justamente en la hondura *humana* de Martí: “El cubano era ‘un hombre’. Más aún, era como debería ser el verdadero superhombre, grande y viril; poseído del secreto de su excelencia, en comunión con Dios y con la naturaleza”<sup>7</sup>. Unas líneas después, tras comentar la “sencillez” formal de los versos de Martí, y recordar el interés que el escritor mostró siempre hacia los niños<sup>8</sup>, hace expresa referencia a su *Ismaelillo*: “...aquel fuerte cazador, hacía versos y casi siempre versos pequeñitos, versos sencillos (...) de tristezas patrióticas, de duelos de amor, ricos de rima o armonizados siempre con tacto; una primera y rara colección está dedicada a un hijo a quien adoró a quien perdió por siempre: *Ismaelillo*”.

Unos años más tarde, en 1919, será D. Miguel de Unamuno quien subraye el “estilo humano” de Martí; lo hace en el artículo titulado “Sobre el estilo de Martí”, publicado poco después en *Germinal* (agosto, 1921, pp. 2-4). Habla allí de las cartas de Martí, “escritas a vuelapluma, algunas en el campamento (...), de expresiones torturadas y oscuras, pero llenas de íntima poesía”. Más adelante, tiene palabras de reconocimiento hacia la humanidad hondamente sentida de Martí, recordando una frase del propio autor al respecto: “ser hombre, decía él, es, en la tierra, difícilísima y pocas veces lograda carrera”. Casi al final, el pensador vasco retoma el tema central del artículo, que resume en pocas líneas: “El estilo es el hombre, se ha dicho, y como Martí era un hombre, todo un hombre, tenía su estilo, todo un estilo”.

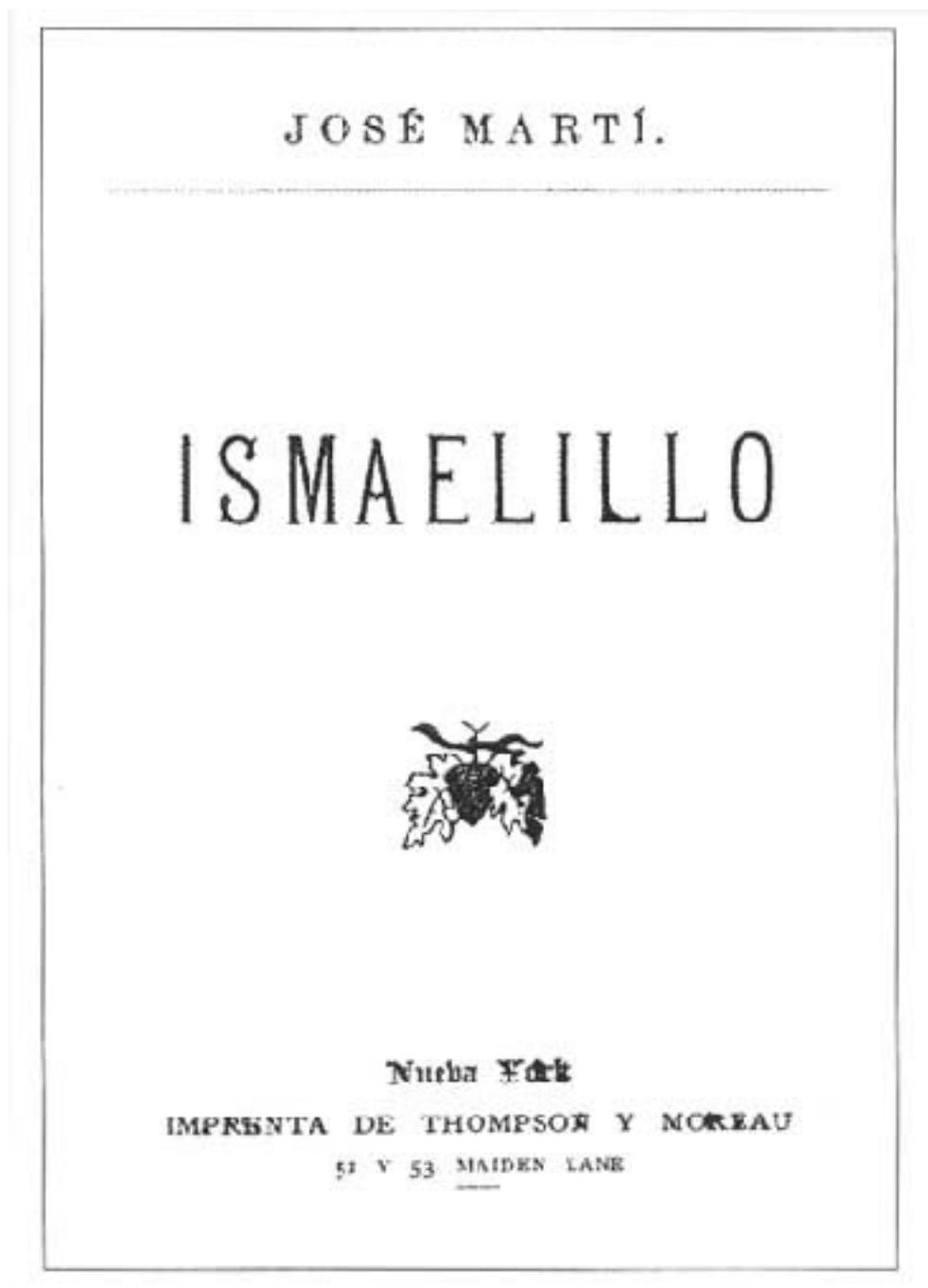
También Juan Ramón Jiménez, el ilustre maestro de la escuela modernista, volverá a insistir sobre este tema en un pequeño trabajo de 1938, en el que subraya la fuerte relación de Rubén Darío y Unamuno con Martí: “Darío -escribe- le debe mucho. Unamuno, bastante...”<sup>9</sup>. Lo vuelve a reiterar unas líneas más abajo: “...Martí vive (prosa y verso) en Darío, que reconoció con nobleza... el legado”; todo ello, claro está, sin mengua alguna para la obra del “Darío grande”. Juan Ramón se refiere a Martí - del que dice que llevaba dentro una “herida española”- como alguien peculiar y distinto, no sólo de los españoles, sino de los cubanos y los hispanoamericanos: “más nacional y más universal”. El poeta onubense se deshace en emocionados elogios hacia la figura y la obra de Martí, mostrándose reticente respecto a su adscripción “modernista” -“Martí era otra cosa”-: le llama “Quijote cubano”, que “compendia lo espiritual eterno y lo ideal español”, “héroe más que ninguno de la vida y la muerte”; digno, en suma, de que algún día se escriba su propio “Cantar” o “Romancero”.

---

<sup>7</sup> “José Martí”, en A. Cairo (ed.), o.c., pp. 19-20, también “José Martí, poeta” (1913), *Ibidem*, pp. 27-31.

<sup>8</sup> Los niños de América fueron una preocupación constante de Martí. De ahí su idea de editar *La Edad de Oro* -para algunos, “La mejor revista infantil de habla hispana de todos los tiempos-, de la que sólo salieron cuatro números, y cuyo objetivo era contribuir a la formación de los más pequeños en un espíritu científico y en el amor a la tierra en que nacieron.

<sup>9</sup> “José Martí”, en A. Cairo (ed.), o.c., pp. 239-241.



Reproducción de la portada original de *Ismaelillo* (edición del Centro de Estudios Martianos, 1990). A la derecha, una de las páginas de la obra, que incluye una de las viñetas seleccionadas por Martí para la edición príncipe.



*MI REYECILLO*

Los persas tienen  
Un rey sombrío;  
Los hunos foscos  
Un rey altivo;  
Un rey ameno  
Tienen los íberos  
Rey tiene el hombre.  
Rey amarillo:  
¡Mal van los hombres  
Con su dominio!  
Mas yo vasallo  
De otro rey vivo,-  
Un rey desnudo, Blanco y Rollizo:  
Su cetro-un beso!  
Mi premio-un mimo!  
Oh! Cual los áureos  
Reyes divinos  
De tierras muertas,  
De pueblos idos  
-Cuando te vayas,  
Llévame, hijo!-  
Toca en mi frente  
Tu cetro omnímodo;  
Úngeme siervo  
Siervo sumiso:  
¡No he de cansarme

Al final del que hemos llamado “elogio fúnebre” de Martí, Rubén Darío recuerda “aquella voz suya, amable y bondadosa”, que “repite luego el voto del verso”:

*¡Yo quiero cuando muera,  
Sin patria, pero sin amo,  
Tener en mi losa un ramo  
De flores y una bandera!*

La estrofa, escogida sin duda a propósito por Rubén Darío, nos aproxima al concepto de poesía en Martí, al tiempo que expresa la misión que en distintos momentos de su vida asignó al arte -“el modo más corto de llegar al triunfo de la verdad”-. Estaría equivocado, pues, quien piense que su poesía (como las cartas o los discursos) ocupa un lugar “menor” en el conjunto de su obra. No hay tal: en ella están configuradas las premisas sobre las que se asienta su forma de percibir las cuestiones fundamentales de la nacionalidad, las raíces de los problemas de su tiempo y su propia labor política, cuyo objetivo último fue siempre la conciencia americana y la acción revolucionaria.

Son muchos los pasajes expresivos del significativo valor que Martí concede a la poesía, “más siempre poniendo amor y patria sobre todo”, como glosa atinadamente Rubén Darío. Lo dice de forma elocuente en este fragmento sobre la poesía de América: “La epopeya está en el mundo y no saldrá jamás de él; la epopeya renace con cada alma libre: quien ve en sí es la epopeya”. Y en otro lugar, con ocasión de la muerte del poeta Julián del Casal, escribe: “El verso, hijo de la emoción, ha de ser fino y profundo, como una nota de arpa. No se ha de decir lo raro, sino el instante raro de la emoción noble o graciosa” (*Patria*, 31-10-1893). La poesía, en suma, como ese espacio privilegiado en el que pensamientos, emociones y sentimientos van cobrando forma paulatinamente a través del delicado instrumento de la palabra.

Pero la poesía -como la literatura o el arte- es, sobre todo, un arma de futuro. Y la crítica -el juicio basado en la aplicación de criterios- se convierte en una cuestión previa. De ahí que, desde las páginas de la revista *América*, publicada en Nueva York -de la que fue colaborador, redactor jefe y más tarde director (enero de 1884)-, exprese su deseo de que la publicación se convierta en “el exponente serio, en el avisador prudente, en el explicador minucioso de las cuestiones fundamentales, y ya en punto de definición, que se presentan impacientes y dominantes en la América Española”<sup>10</sup>. Su estancia en los Estados Unidos, y la toma de contacto con los problemas de todo tipo en esa república, le hizo ver que la salida de España no significaba la libertad de Cuba, sino el comienzo de otra dominación: “He vivido en la entraña del monstruo y lo conozco...”. De ahí también sus severas advertencias sobre el creciente expansionismo USA, y la necesidad de “definir, avisar, poner en guardia” sobre los factores del éxito norteamericano, en los que percibe “colosales peligros”,

---

<sup>10</sup> Vid. Ramón de Armas, “José Martí: educación para el desarrollo”, en A. Cairo (ed.), o.c., Tomo 2, p. 268.

puesto que significan el intento de “restablecer con nuevos métodos y nombres el sistema imperial, por donde se corrompen y mueren las repúblicas”.

Al filo de su propia maduración, con ocasión del homenaje que en 1887 se tributó en Washington al poeta Walt Whitman -para Martí un caso ejemplar en el que la rebelión de forma y la de fondo van unidas-, tiene palabras de honda intuición sobre el sentido de la poesía en la vida de los pueblos:

¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gentes de tan corta vista mental, que creen que toda la fruta se acaba en la cáscara. La poesía, que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona el modo de subsistir, mientras que aquélla les da el deseo y la fuerza de la vida. ¿A dónde irá un pueblo de hombres que hayan perdido el hábito de pensar con fe en la significación y alcance de sus actos?<sup>11</sup>

Inevitablemente, esa forma de pensar se radicaliza al ritmo de la acción política en sus últimos años, sobre todo a partir de 1889, cuando retoma los planes para luchar contra el colonialismo español, y evitar así que se perpetúe un “régimen inextinguible que lo degrada y ahoga”. En vísperas de una guerra que se adivinaba cruel y difícil, la acción revolucionaria pasa a convertirse en la forma más alta de poesía. Lo proclama sin rodeos en 1889, al hablar de las pinturas del ruso Vereschagin: “¡La justicia primero y el arte después! (...) Cuando no se dispone de la libertad, la única excusa del arte, y su único derecho para existir, es ponerse al servicio de ella. ¡Todo el fuego, hasta el arte, para alimentar la hoguera!”<sup>12</sup>. Lo reafirma de nuevo un año después, en su comentario crítico a la obra poética de Sellén: “el único modo de ser poeta de la patria oprimida es ser soldado”<sup>13</sup>.

Es en estos momentos de plena madurez ideológica cuando Martí adquiere una visión más justa de la “batalla social”, que se hace patente al enjuiciar los temas candentes de su tiempo: su repulsa al naciente “imperialismo” norteamericano (“Amamos la patria de Lincoln tanto como tememos la patria de Cutting”); su sentido profundo de la dignidad humana, asentada en la “identidad universal del hombre”, que le lleva a criticar las desmedidas desigualdades sociales, a oponerse a toda discriminación racial o de otro tipo (que constituye un pecado “contra la humanidad”), y a luchar contra el hambre, la pobreza y la miseria. Por ahí debe encaminarse, en opinión de nuestro autor, la “función social” de la obra poética y artística en general. Lo afirma expresamente en 1894, en su comentario a una exposición del pintor Tejada (1867-1943):

---

<sup>11</sup> “El poeta Walt Whitman”, en José Martí: *Ensayos sobre Arte y Literatura*, op. cit., p. 132.

<sup>12</sup> En *Ensayos sobre Arte y Literatura*, o. c., p. 174.

<sup>13</sup> En *Ensayos sobre Arte...*, o. c., p. 185.

El mundo es patético. Y el artista mejor no es quien lo cuelga y recama, de modo que sólo se le vea el raso y el oro, y pinta amable el pecado oneroso, y mueve a fe inmortal en el lujo y la dicha, sino quien usa el don de componer, con la palabra, o los colores, de modo que se vea la pena del mundo, y quede el hombre movido a su remedio. Mientras haya un antro, no hay derecho al sol.<sup>14</sup>

Pese a lo apuntado hasta aquí, sería aventurado concluir que esa forma de pensar sea nueva o represente una “ruptura” respecto a etapas anteriores; más bien, lo que hace es profundizar y reafirmar su visión “crítica” sobre los problemas de la humanidad de su tiempo, que es uno de los rasgos que caracteriza la obra de Martí. Así parece indicarlo la crudeza que se advierte en numerosos textos escritos con anterioridad, o el tono reivindicativo de algunos comentarios, como éste sobre las “pinturas negras” de Goya, escrito en 1879, durante su estancia en Madrid:

Cada aparente error de dibujo y color de Goya, cada monstruosidad, cada deforme cuerpo, cada extravagante tinta, cada línea desviada, es una áspera tremenda crítica. He ahí un gran filósofo, ese pintor, un gran vindicador, un gran demoledor de todo lo infame y terrible. Yo no conozco obra más completa en la sátira humana.

A la vista de lo anterior, podemos preguntarnos, para terminar, qué es lo que hace que, al examinar la obra de Martí, surja de modo casi natural la impresión de que estamos ante un pensador y político “diferente”, nada convencional. Naturalmente, no es fácil dar una explicación que satisfaga por completo esa cuestión; pero sin duda, una de las claves hay que buscarla en su entereza moral, en la exigencia y generosidad con que supo abrir el horizonte de un mundo más humano, más digno y solidario, no ya en ficciones o buenas palabras, sino plasmado en el testimonio de una vida de sacrificio, de entrega y de coraje.

---

<sup>14</sup> En *Ensayos sobre Arte...*, o. c., p. 208.